

GEDEÓN ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

137A 1

188C2

4210



SEMANARIO SATÍRICO
Se publica los jueves

DIEZ CENTIMOS el número

Administración: Costanilla de los Ángeles, 1

TELÉFONO 1.125

Varios Cuidados Varios tamaños

AÑO I.

Madrid 14 de Noviembre de 1895.

NUM. 1.º

R-2534



EL COCO



FRUTA DE 'EL TIEMPO'

MI PRESENTACION



Señoras y señores: Yo soy Gedeón.

Lo juro por Piave, por Calínez, por Fulánez, por Bicombe, y por D. Manuel Becerra, si es menester.

Unos andan por ahí diciendo que lo son, y de otros se dice que merecían serlo, y la gente se lo llama á tal personaje y los periódicos me cuelgan frases que no proferí jamás, y se me tiene por más tonto de lo que soy, y ya me hacen fusionista, ya general, ya ministro, ya autor del género chico, ó novio de una tiple, ó contértulio de la Huerta... y hasta aseguran que colaboro en las revistas en verso que escribe semanalmente un distinguido sainetero para un periódico de esta corte. ¡Falso! ¡Falso todo eso! Tonto nací, pero no he llegado á ministro ni á colaborador.

Disgustado por lo que queda escrito, cierta tarde le dije á Piave, que estaba en mi casa:—Voy á salir.—Lleva paraguas, me respondió, porque está lloviendo.—No me entendiste, repuse, voy á salir al público.—Pues por eso te aconsejo que lleves paraguas; si salieses á la escalera, no habría para qué.—Digo, insistí, que voy á salir al público fundando un periódico semanal, y á Piave, al oírlo, se le saltaron las lágrimas.

—¡Desdichado!—exclamó.—¿Tú no sabes que no fundan periódicos más que los muertos?

—¿Los muertos?—le interrogué con admiración.

—Sí, señor; los muertos. Fíjate en cualquier periódico que diga en su cabecera «Fundado por D. Fulano de Tal», y ya puedes rezarle un responso. Yo nunca he visto un periódico fundado por nadie que no haya fallecido previamente; luego, ¡oh, entrañable amigo mío y primo segundo!, para fundar ese periódico de que me hablas es preciso que primeramente te mueras tú. Después, hazlo.

Me quedé aterrado, porque Piave tenía razón. Triste cosa era morir y dejar desamparados á tantos Gedeoncitos como andan por el mundo; pero mi resolución era inquebrantable. Compré *La Campana de Huesca*, decidido á leérmela de un tirón y expirar, pero cuando estaba redactando mis últimas voluntades, dejándole gran parte de mi herencia á la Sra. Pardo Bazán, entró Calínez, y enterado del caso, me dijo:

—¿Tu periódico va á ser únicamente semanal?

—Sí, semanal.

—¿Y de mucha ó de poca circulación?

—De la menos posible.

—Entonces basta con hacerte el muerto, ¿no es verdad Piave? Y Piave asintió. En aquel momento había nacido.

Y aquí estoy.

De modo que ya lo saben ustedes: yo, haciendo né el muerto, he fundado un periódico que se publicará todos los jueves, y en el cual verán la luz los verdaderos pensamientos y juicios, y se estamparán las auténticas frases del auténtico Gedeón.

Si les cuentan á ustedes por ahí que Gedeón piensa así, ó que dijo tal ó cual cosa, no lo crean ustedes; todo lo que yo piense y lo que yo diga quedará en este papel.

Hablaré de política, de teatros, de literatura, de Piave, de la guerra, de la Guerrero, de ciclismo y del arte de tocar el acordeón. Todo merecerá mis sólidos juicios y mis profundas reflexiones.

Paso, pues, al verdadero Gedeón, y háganse atrás los Gedeones de guardarropía.

Beso á las señoras en los pies y á los caballeros en las manos, si no son concejales; porque, si lo son, prefiero besarles en los pies.

Y ya me presenté, lector.



Todas las personas de viso tienen como suyo un día de la semana.

Los lunes los zapateros; y el teatro Español, los martes las de Gómez, los miércoles sabe Navarro Reverter cuántas son cinco por cuatro, y hasta el mismo Cánovas es menos biceo un día á la semana, según las Memorias secretas de Morlesin.

Pues bien: Gedeón tiene sus jueves, aunque estuvo dudando de elegir ese día porque no le salieran luego con la canción de que no era cosa del otro jueves; pero maduramente meditado el punto, como lo hace siempre Gedeón, que, por meditar todos los puntos, jamás los pone sobre las ias sin mirar si éstas quedan debajo, halló el ilustre hombre público—hablo de Gedeón, no del duque de Tetuán—que si le decían lo de que no era cosa del otro jueves estaban en lo cierto, pues él no se proponía hablar con el público del jueves anterior, sino con el público del jueves presente; pues á haber sido aquel su propósito, en vez de comunicarse de visu con el público, hubiera pedido comunicación por teléfono, y para cuando le respondiese la Central, ya serían sus futuros interlocutores gente del otro jueves, y habría crecido Castellano, y se hubieran acabado las lluvias de Cuba, las cuales, por cierto, caen con tanta insistencia á ver si crecen los mangos y el ministro de Ultramar.

Bueno; pues conste que Gedeón tiene sus jueves, aunque para dar esta noticia en sus *amenas* crónicas de sociedad se haga el sordo Monte-Cristo, y conste que si hay alguna marquesa, condesa, duquesa, generala ó tenienta coronela que se quede en casa también ese día, Gedeón lo sentirá mucho, y más si aquélla tiene ingleses y éstos lo saben; pero no cambiará, á pesar de todo, de día, porque es lo que él dice: si yo cambio un día, cambio sus horas; y cada una de éstas tiene cuatro cuartos.

¿Adónde voy yo con tantos perros, si el propio Cánovas no tiene más que dos, y ya está deseando soltárselos al mismísimo General?

Gedeón fué, naturalmente, al teatro de la Princesa á admirar á Sarah Bernhardt—ó se es Gedeón, ó no se es,—y salió á los pasillos diciendo: «¡Admirable! ¡Insuperable! *Epátan!*» (esto es francés de Amaniel).

Cuántas obras vió representar á la célebre trágica en el teatro de la Princesa, convertido de desierto de Sahara en lleno de Sarah, le

arrebataron de entusiasmo y un paraguas que no ha vuelto á aparecer.

Peró lo que le produjo inefable emoción fue ver sobre el tablado del Español á las dos estrellas del arte dramático contemporáneo, á Sarah Bernhardt y Mariquita Guerrero y los dos termómetros que puso el padre de la última á derecha ó izquierda del escenario. Sarah hablaba en francés y Mariquita le respondía en la misma lengua, y el termómetro de la izquierda señalaba dieciocho grados y el de la derecha veintidós, y Gedeón no entendía á ninguno de los cuatro.

Peró, eso sí: estaba emocionadísimo y echándole, admirado, *golpes de ojo* á Calínez, que se había quedado dormido con *La niña boba* lo mismo que oyendo una conferencia de Sánchez Moguel.

Lo bueno del caso fué que Calínez se despertó cuando las dos estrellas representaban *La Esfinge*, de Feuillet, y el hombre, oyendo hablar en una lengua extraña, entre español afrancesado ó francés españolizado, no se hartaba de exclamar: «Peró qué prodigio es esta María Tubau!» Calínez se creía en el teatro de la Comedia viendo *Francillon*, *Divorcions* ó *Demi-Monde!*

Al salir del teatro se le acercó Piave, y le dijo:—No olvide: nunca esta noche, pasada en la Casa de Calderón!

—Y ¿dónde está Calderón para despedirme de él?—preguntó Calínez.

—Allí enfrente, en el centro de la plaza de Santa Ana.

—¿Le han echado de casa!—exclamó Calínez.

—Sí—repuso Piave;—le han echado de casa por no entender el francés, y además porque le desarreglaba los termómetros á Ramón Guerrero. Figúrate un hombre que escribió *La hija del aire*, si habría termómetro ni empresario padre que le pudiese resistir!

Este año, según las observaciones de Gedeón, los buñuelos clásicos no fueron de viento, sino de cablegrama.

Tenían muy poca masa y mucha hinchazón. Cuantos vivos los comieron el día de los Difuntos pasaron una noche horrible: cable arriba y cable abajo.

—Yo—me decía Gedeón,—en cuanto veo en un periódico un cablegrama de Cuba, me como de cada veinte palabras diecinueve, y de este modo estoy seguro de leer exactamente la noticia que ha teleografiado el corresponsal, noticia siempre interesante, y que, sobre todo, no podría comunicarse aquél desde Cuba, si no estuviese en la misma isla.

Vea usted de qué manera procedo—continuó.—Aquí hay un cablegrama. Leamos: Lo cincuenta y cuatro títulos de la cabeza los suprimo, porque si leo primero lo que dice el cablegrama, ¿para qué he leer el cablegrama después? Suprimidos. Ahora el texto. Dice así:

«El coronel Antúnez, con sesenta y ocho soldados, batió en el ingenio Recuerdos (¡fíjese usted, Recuerdos!) á la partida del mulato Perregil, compuesta de dos mil hombres, á la (siga usted fijándose, «á la») cual hizo cuatrocientos muertos y cinco heridos y cogió dos prisioneros, uno de los cuales es de la familia (no olvide usted esta palabra «familia») del registrador de la propiedad del potrero del Chasco.» Aquí la firma. ¿Pues sabe usted lo que yo leo de todo ese cablegrama? Las palabras respecto á las cuales le he llamado la atención, y que unidas dicen así: «Recuerdos á la familia.» Eso es lo que el corresponsal telegrafió.

Yo intenté inútilmente disuadir á Gedeón de tan extravagante idea, pero él, que se cree muy al tanto de los misterios periodísticos, porque una vez tuvo una cocinera que era del mismo pueblo que una prima segunda de Luis Taboada, no quería apearse de sí mismo.

Al fin Piave intervino en la cuestión con la autoridad que le dan sus años y el ser jefe superior honorario de Administración civil.

«No es prudente—dijo,—¡oh, amigo Gedeón!, que desde tu primer jueves te indispingas con tus colegas los diarios de gran circulación, acusándoles del delito de hincar perros, quise decir cablegramas, cosa no tan fácil, según el loco Cervantino, y además exageras tus procedimientos rebajando tantas palabras del texto del cablegrama que nos acabas de leer.

En todo hay un término medio. Tú aseguras que el corresponsal sólo telegrafió «Recuerdos á la familia». Pues bien; yo creo que telegrafió más; yo creo que telegrafió «Recuerdos á la familia del Registrador», y quédese aquí la disputa.

—Quédese—respondió Gedeón,—pero no me pongas una palabra más, ni siquiera la palabra Chasco.

—Esa ya la pondrán los lectores—dije yo,— y Piave y Gedeón se abrazaron conmovidos.

Y para terminar el primer jueves.

Gedeón y Calínez salían del teatro de la Co-

media profundamente emocionados, después de haber visto el hermoso drama de Dicenta, Juan José.

En esto se les acercó un obrero diciéndoles: «Señores, por Dios, que no he comido hace tres días y tengo a la Rosa, mi mujer, enferma y parecemos de frío y de *nescidaz*.»

—Miserable!—exclamó Gedeón.—Usted ignora que salimos ahora mismo del teatro de la Comedia, donde, con general y legítimo aplauso, se ha visto que un obrero no debe nunca robarse a pedir? A ver, Calinez, es preciso rehabilitar a este hombre caído en la más espantosa degradación. ¡Déjale que te robe el reloj!

El bueno de Calinez se resistía diciendo que llevaba en la tapa el retrato de su mujer, pero no le valió ni el afecto conyugal. Entre el jornalero y Gedeón se lo afanaron en un santiamén.

—Y ahora es preciso que entiendas—le dijo Gedeón, mientras el marido de la Rosa se largaba con la alhaja—que al teatro se va para aprender.

—Ya lo sé... ya lo sé—repetía inconsolable Calinez:—para aprender cómo le dejan a uno sin reloj.

En esto pasaron los ojos de Thuillier embozados en una capa, y Gedeón y Calinez se abotonaron los gabanes a toda prisa, de miedo de que les robasen otra alhaja: el corazón.

LA LIRA GEDEÓNICA

—¿Qué, también es poeta Gedeón?
—Y Vicome y Calino y otros cien que eg. ilean por ahí á futiplén.
—¿Y qué instrumento «pulsas»?—El violón.
—¿Aprendió solo?—¿Quién! Le dan lección los que andan en político helén, los que gobiernan mal cobrando bien, la familia y terca oposición, los que agua dan las sobras del festín y los que en él llenando el buche están, cual los que no le han husmeado aún... Hasta que un día empuñe el cornetín y entonces con Gedeón todos irán y en vez de gritar:—¡Pan! gritarán:—¡Pum!

«Esto sentado, tomo la palabra y con el buen lector pego la hebra, pues si la suerte mi intención no quiebra he de hablar más que Segis y que Labra. De que tan sólo á la verdad se abra mi boca, yo os respondo. No requiebra mi labio, que ni al asno llama cebra ni al que es toro motéale de cabra. No alaba Gedeón porque no coh a, como tampoco de pagar se libra: en vano buscaréis que faltas cubra, en vano intentaréis que oculte sob a; que es bonachón, mas de templada libra, y un infundio no habrá que él no descubra.



PRÍNCIPE DE LA MILICIA

No sé si fué alrededor de una mesa del Suizo ó en la «sala del erimen» de cualquier círculo político de esta corte, pero el hecho es que Piave, Calino, Pero Grullo, Juan de las Viñas, el sastre del Campillo y otros conocidos personajes, amigos y correligionarios de Gedeón, se reunieron con objeto de estudiar los méritos y servicios de este conspicuo candidato al tercer entorchado vacante.

Porque, ¿quién negará los servicios de Gedeón? ¿quién sus virtudes cívicas? ¿quién sus hazañas belicas?

Pero no adelantemos los capitanes generales. El sastre del Campillo, como llamado á coser las bocamangas del príncipe futuro, tosió y empezó de esta manera:

—Caliente aún el cadáver del marqués de la Habana...

—¿Para los piés! ¿Para los piés!—interrumpió Calino.—Y cómo se te conoce tu larga peregrinación por los Santos Lugares comunes!

El sastre.—Decía, señores (y no paro mientes en la interrupción)...

Calino á Piave.—Me parece que ha dicho *Mientes*. Piave á Calino.—Sí, pero ha sido entre paréntesis; no hay ofensa.

El sastre (pegando la hebra).—Decía, señores, que la vacante ocurrida por aquella defunción, es de vajón que no pertenece á la amortización, y que la provisión no puede hacerse de rondón...

Juan de las Viñas.—Debo advertir al preopinante que la forma poética está llamada á desaparecer.

Piave, inquieto.—Y que esta no es hora de hablar, sino de sentir, arrimando el entorchado á nuestra sardina.

El sastre.—Lo que iba á decir está en el pensamiento de todos nosotros; nadie como Gedeón para ocupar esa vacante en la jerarquía más alta de la milicia.

Pero Grullo (que, como es natural, empieza á poner peros).—Pero, ¿hay milicianos otra vez?

El sastre á Pero Grullo.—Mete la pata, pero escucha.

Pero Grullo.—Es que aquí hay una cuestión previa: nuestro amigo Gedeón, ¿es por ventura teniente general?

El sastre.—Sí, porque es teniente de entrambos oídos.

Pero Grullo.—Mas, aun así y todo, ¿se encuentra en el primer tercio de la escala?

Piave.—¿Como que vive en un quinto piso con entresuelo!

Pero Grullo.—Conformes, y adelante.

El sastre.—¿Habrá necesidad de recordar hechos militares de Gedeón, por todos conocidos y celebrados? El fué quien ganó la batalla de Lérida...

Calino.—Y el quien, en una acción famosa, al ver que un cañonazo no alcanzaba, ordenó al jefe de la batería que tirase dos.

Juan de las Viñas.—¡Oh! Sí, y en una ocasión famosa dijo, levantando su copa en alto: «Brindemos, ahora que vamos á empezar la guerra de los Treinta Años...»

Piave.—¿No hizo Gedeón la retirada de los diez mil con Texifonte Gallego?

El sastre.—¿Justamente! Y si bien es cierto que en el combate del Callao no dijo «esta boca es mía», también es verdad que para la batalla de Platea compró su sitio á un revendedor.

Calino.—Nada hay más limpio que su hoja de servicios.

Pero Grullo.—Sí; la hoja de su espada.

El sastre.—No sé á punto fijo si fué Gedeón quien inventó la pólvora.

Piave.—La pólvora precisamente, no; pero ha vivido muchos años en la calle del Salitre.

Calino.—Y escucha, Piave, ¿no estuvo Gedeón en el paso del Baztán?

Piave.—No; ni en el de las Termópilas tampoco; dijo que se plantaba.

El sastre.—Viniendo á época más reciente, todo el mundo recuerda lo de *Rostrogordo*.

Pero Grullo.—Bueno; aquello fué un dolor de muelas sin más consecuencias que la hinchazón.

El sastre.—¿Qué diremos de aquella carga de caballería en los muelles de Barcelona?

Pero Grullo.—Que coceaba mucho el animalito.

Calino.—Conocidas son las opiniones de Gedeón acerca de la campaña de Cuba.

Piave.—¿Ya lo creo! Las ha dicho por boca de Cánovas, de Sagasta, de Martínez Campos, y á la opinión le han parecido de perlas.

Pero Grullo.—Bueno, señores: pero en suma, no creo los méritos de Gedeón suficientes para el tercer entorchado á que aspira. ¡Pidamos para el la corbata de San Fernando!

Calino.—Imposible; esa ya se la trajo Morote de Melilla.

El sastre de Campillo.—O la capitania general, ó nada. Esto debemos hacerlo cuestión personal.

Pero Grullo.—Mas, ¿cómo no veo á Gedeón entre nosotros? ¿no ha sido esto faltar á la reunión?

Los demás circunstancias alborotando:—¡Fuera Pero Grullo! ¡abajo Pero Grullo!

(Este sale del local apretando la mano, y entonces cae en la cuenta de que á la mano cerrada debe llamarse puño.)

Calino.—Bueno; sólo falta levantar un acta, redactar la Exposición y enviarla á las Cortes.

Piave.—¿Pero si las Cortes están cerradas!

Calino.—Entonces habrá que echar el papelito por debajo de la Sublime Puerta.

(Todos los reunidos abrazan con entusiasmo á Calino, que ha acertado á resolver la cuestión por la vía diplomática.)

Política de abrigo

Me he quedado helado: Dato y Villaverde, Rances y Silvela y otros varios pejes del gru o flamante de los disidentes, se jasan la vida cazando en las Nieves. Pero, hombre, ¡qué fría es toda esa gente! Al principio, en Rusia daban los banquetes y el local cerróse á cero Fahrenheit; y hoy ya que en la mesa tritar no pueden,

á caza de datos se van á las Nieves, y hay ya quien afirma por ahí que en breve será crudo El Tiempo y que Villa-verde será Villa-seca de aquí á pocos meses; que Silvela silba de frío, y que Fuentes se helará muy pronto. Por eso hay quien cree que el artículo vive envuelto entre pieles, y que hacer el oso ha de ser su suerte.

...y armas al hombro.

Los señores carlistas han tenido su poquito de *juerga* en Barcelona.

Y un orador precoz, notando que la bandera española tapaba el rostro del retrato de D. Carlos, dijo en un arranque de inspiración:

«Se cubre por no ver á los liberales.»
Verdad, hijo mío.
Nunca los quiso ver.
Ahora se cubre el rostro.
Y en la guerra les volvía la espalda.

Meditemos, Gedeón.
Dicen que antes se acababan las guerras á tiros.

Pero ahora es diferente.
El general Martínez Campos piensa concluir la guerra de Cuba con la benignidad.

¡Ah! Yo estaba en lo cierto.
Y conseguiré al cabo que las ostras se abran por la persuasión.

Después de todo, no es verdad eso que dicen de que las guerras se acabasen antes á tiros.
Ni Alejandro ni César vencieron á balazos.

Verdad que en su tiempo aún no se había inventado la pólvora.
Bueno, ¿y qué? Si no la inventaron los dos grandes capitanes, fué porque no les hizo falta.

Y Martínez Campos, su digno descendiente, les imita hasta en eso.
Tampoco hubiera inventado la pólvora.

Busca el tercer entorchado y es posible que le encuentre, y dicen que es primo... ¡el primo va á ser el contribuyente!

He sabido que hay crisis, y estoy emocionado. Si no triunfamos de esta, no subimos nunca.

Imitemos á la mayoría de los políticos, recordando al país y á las instituciones que existimos y que aceptaremos una cartera.

A ello:
«Se asegura en los círculos políticos que mañana quedará constituido el gobierno en la forma siguiente:

Presidencia, Gedeón.
Estado, Piave.
Gracia y Justicia, Congriez.
Guerra, Talegón.
Marina, Simbad.
Gobernación, Percebe.
Hacienda, Rodaballo.
Fomento, Calinez.
Ultramar, Fabié.

El primer acto de este gobierno será aprobar los planes del general Martínez Campos, que no sabe cuáles son.»

Humorada «silvelable»

Sin el turrón que encanta,
la soledad de don Francisco espanta.
Pero es más espantosa todavía
la soledad de Bosch en compañía.

El distinguido autor dramático D. Enrique Gaspar va á estrenar en breve, según un periódico, nada menos que las comedias *La Eterna cuestión*, *La cola de paja* y *La entrevista*; las zarzuelas *La tribu salvaje*, con Chapi; *La teoría de Darwin*, con Caballero, y el juguete *La rebaja del tío Paco*.

Pues señor, decía Gedeón, leyendo tan estupenda noticia: aunque venga el tío Paco con la rebaja, la fecundidad dramática de Gaspar es asombrosa.

Yo sólo me la explico, arguyó Bicombe, si es que le ayudan Melchor y Baltasar.

Ya no se habla de los millones del Ensanche, ni de los concejales, ni de los pies de la calle de Sevilla, calle de muchos pies, puesto que está siempre llena de novilleros, ni de otros escándalos municipales que tanto gusto dieron no hace muchos días.

—Es verdad, amigo Calinez; pero es que ahora el Ayuntamiento está dedicado á una nueva especialidad.

—¿Cuál es, querido Gedeón?

—La de los entierros.

Dice un periódico que ayer hablaron el señor Cánovas y el señor ministro de Ultramar.
¡Vaya! ¡Vaya! No exageremos.
Hablaría Cánovas.

JESÚS... MARÍA Y JOSÉ!



Viendo esto,—¿Será un enigma el éxito de *El Estigma*?

GEDEÓN

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre. . .	1,50 pesetas.
Año.	6 »
Provincias y Portu- gal, trimestre. . . .	2 »
Año.	10 »
Número suelto. . . .	diez cénts.
Idem atrasado. . . .	50 »

ADMINISTRACIÓN

Costanilla de los Angeles, núm. 1

TELÉFONO 1.125

GRAN FOTOGRAFÍA
(EN PLANTA BAJA)

19, Calle de San Bernardo, 19

Casa especial en retratos de niños y reproducciones.

